

que entonces como ahora el término adonde se enderezaban los demás trabajos del misionero, era una limpia general de las conciencias por medio de la confesión. Por eso el jesuita, después de ser predicador fervoroso, debía convertirse en confesor infatigable.

Pero acerca de las confesiones llamamos la atención sobre un bien espiritual inmenso que hacían nuestros Padres, no tanto absolviendo á pecadores convertidos, cuanto dirigiendo por la senda de la virtud á cristianos fervorosos que alcanzaban admirable santidad. Era bastante común que en torno de nuestras casas, y aun en torno de cada uno de nuestros buenos operarios, girasen algunas almas deseosas de la perfección, las cuales, dirigidas por los Nuestros, se remontaban á eminente virtud. Para prueba de lo que decimos vamos á copiar un fragmento del P. Ribadeneira, en que refiere las maravillas de este género que se obraban en el noviciado de Villarejo de Fuentes. Dice así:

«Otro fruto y no pequeño se ha sacado de la casa de probación del Villarejo, por las muchas personas ilustres que con ocasión de esta casa vinieron á vivir en el Villarejo, por gozar de la comunicación de los Padres que allí vivían, y vivieron con raro ejemplo de cristiandad, y fueron bienhechores de la Compañía. Todos ellos fueron ó hermanos ó sobrinos de los fundadores, entre los cuales una fué D.^a Juana Pacheco, señora de Albadalejo y hermana mayor de D. Juan Pacheco, que dejando su propio lugar y vasallos, se vino á morar al Villarejo, y se aprovechó tanto del ejemplo y doctrina de los Nuestros en la piedad, devoción, uso de sacramentos y todo género de virtud, que fué un dechado y ejemplo de santas matronas y madre verdadera de los pobres. Enterróse en nuestra iglesia, y sus huesos están junto á los de D. Juan Pacheco su hermano. Otra fué D.^a Juana Pacheco Condelmario, hermana también del fundador, la cual, aunque desde niña fué sierva de Dios é hizo voto de castidad, y vistió hábito honesto con gran recogimiento y clausura; pero después que trató con los Nuestros, creció con grandes ventajas en la misma virtud, y siendo ya de mucha edad y de más de ochenta y seis años, cada día se estaba en la iglesia oyendo de rodillas todas las misas, con gran reverencia y devoción, dando para el servicio de la misma iglesia cera y lo demás que podía. Otra fué D.^a Jerónima Pacheco, parienta asimismo de D. Juan, y que desde niña se había criado en su casa y había de sucederle en uno de sus mayorazgos, y para esto pretendía casarse y usaba de muchas galas, conforme al estado de las que se quieren casar. Trocóle nuestro Señor el corazón de ma-

nera con el trato de la Compañía, que dejando las galas, se dió á la oración, mortificación y penitencia y se hizo monja de Santo Domingo en el convento de la Madre de Dios, de Toledo, donde se señaló mucho en virtud y religión.

»En este número podemos también poner á las hermanas y sobrinas de la fundadora D.^a Jerónima de Mendoza, que se llamaban D.^a Catalina de Mendoza y D.^a Francisca de Zúñiga, y una hija de D.^a Catalina, que venían muchas veces al Villarejo á oír los sermones de los Nuestros y confesarse con ellos y aprovecharse de sus consejos y doctrina, y otras veces los llamaban á sus lugares para gozar de su santa conversación.

»No es justo que dejemos y pasemos en silencio á D.^a Juana de Zúñiga, hermana tercera de la fundadora y mujer de D. Bermúdez de Castro, señor de la casa de Montausen en Galicia, la cual, dejando su regalo y recogimiento que tenía en el monasterio de Santa Bárbara en la Coruña, se vino al Villarejo, y en una casa que mandó labrar junto á la Compañía, vivió el resto de su vida, que fueron catorce ó quince años, con singular ejemplo de virtud, especialmente de paciencia en las muchas y graves enfermedades que padeció y en la falta de vista, que Dios nuestro Señor la quitó, para ejercitarla y purificarla más y fabricarle mayor corona de gloria. Todo lo que tenía gastaba en servicio y adorno de las iglesias ó remedio de los pobres, haciendo heredera á su alma cuando murió de toda su hacienda. Enterráronla junto al altar mayor de nuestra iglesia, al lado de la epístola, como ella lo había mandado. Pusieron en la pared una losa negra con sus armas y nombre.

»Entre las que más se aprovecharon de los ministerios de la Compañía de la misma casa de probación de que vamos hablando, y procuraron hacerle bien, fué D.^a María Coello de Zúñiga, señora de Montalvo, mujer de D. Laso de Castilla y hermana mayor de la fundadora. Esmeróse esta señora en la misericordia con los pobres, en la devoción al Santísimo Sacramento, recibéndole á menudo, acompañándole cuando le llevaban á los enfermos y aplicando para la cera las penas de cámara, y mandando cada jueves decirle una misa y celebrando con gran solemnidad las fiestas del Corpus Christi, en las cuales ella misma con sus siete hijas aderezaba y barría las calles por donde la procesión había de pasar. Daba á las iglesias todo lo que podía para el culto divino, era muy rigurosa consigo y no menos piadosa con los que estaban desamparados ó en alguna extrema necesidad, tomándolos á su cargo y regalándolos, como si fuera su

propia madre. Murió esta señora en el Villarejo á los doce de Marzo del año 1581 y á los sesenta y cinco de su edad. Enterráronla en su pueblo de Montalvo, y algunos años después, abriendo la bóveda donde estaba su cuerpo, le hallaron entero.

»Juntemos con estas señoras á D.^a Petronila de Castilla y á D.^a Juana de Castilla su hermana, hijas de D.^a María Coello de Zúñiga, de quien acabamos de hablar, de las cuales hay tanto que decir, que no se puede referir en pocas palabras, ni es bien que digamos muchas, porque no escribimos la historia de sus vidas, sino la de la Compañía y la de la casa de probación de Villarejo. D.^a Petronila, que era la mayor, se quitó primeramente todas sus joyas y vestidos ricos, para proveer á la iglesia de aquel noviciado, á la cual dió muchos vasos de oro y plata y muchos ornamentos y relicarios y casi todo lo precioso que hay en aquella iglesia. Proveyóla de ropa blanca, y ella misma con sus criadas se ocupaba en esto. Fué madre de todos los del colegio y especialmente de los enfermos, de los cuales tenía mayor cuidado que si fueran sus propios hijos. Finalmente, en vida y en muerte dió á la Compañía todo lo que pudo, y para ninguna cosa deseaba tener más, sino para dar más á la Compañía. Fué en su vida tan ejemplar, que causaba admiración á los que la sabían. Hizo siendo moza voto de castidad, y guardóla con gran pureza y recogimiento; comía muy pobremente; su aposento y vestido olía á pobreza y santidad. Vivía de oración, y decía que esta vida no se podía llevar sino hablando con Dios ó de Dios. Frecuentaba á menudo los santos sacramentos, y antes de la comunión, por espacio de veinticuatro horas jamás hablaba con nadie. Era devotísima de aqueste sacrosanto Sacramento y de la Virgen María nuestra Señora, á la cual procuraba hacer algún particular servicio cada día y más en los de sus fiestas. Sus penitencias eran muchas y muy rigurosas, persiguiendo su cuerpo como enemigo. Todos los viernes daba de comer á un pobre, en memoria de la pasión del Señor, y á los otros daba cuanto tenía, especialmente á los enfermos, á los cuales proveía, regalaba y servía con tanta reverencia y cuidado como si en ellos viera á Jesucristo. En esta vida perseveró hasta el año de 1586, en que, siendo de cuarenta y cuatro, á los 15 de Noviembre, día de San Eugenio, teniendo los ojos fijos en un crucifijo, dió su alma al Creador» (1).

Como en Villarejo, véase también en Alcalá una multitud de doc-

(1) *Hist. de la Asist. de España*, l. IV, c. 2.

tores, caballeros y personas principales, que aprovechaban notablemente en la virtud por los consejos del P. Villanueva. En la *Vida del P. Baltasar Álvarez*, cap. IX, describe el P. La Puente las virtudes de varias piadosísimas personas amaestradas en la perfección por aquel eminente Padre espiritual. El nombre del P. Álvarez despierta el recuerdo de la más sublime alma dirigida en el espíritu por los Padres de la Compañía. «Mis confesores, dice Santa Teresa de Jesús, casi siempre han sido de estos benditos hombres de la Compañía de Jesús» (1).

6. Como la santa Madre, por razón de su oficio, anduvo por tantas ciudades y trató con tantas personas, hubo de pasar su espíritu por la dirección de muchos confesores. Túvolos excelentes en la Orden de Santo Domingo, los cuales, además de dirigirla en la virtud, la prestaron poderosísimo apoyo en sus gloriosas empresas. Los Padres de la Compañía la dirigieron principalmente en la época de 1557 á 1566. Fué importantísimo para la santa este período de su vida, porque entonces, pasado el tiempo de la tribulación, quiso el Señor prevenir á este alma privilegiada con especiales bendiciones de su dulzura, y purificándola de las ligeras faltas que todavía la afeaban, encumbrarla al más íntimo trato suyo, para hacerla maestra y ejemplo de las almas, á quienes rige por vías extraordinarias. Mucho se dudó en aquel tiempo, y mucho dudó también la misma santa del acierto de su camino. En medio de sus zozobras la tranquilizaron los Nuestros y la dirigieron con paso seguro por la senda de la perfección. Véase lo que hizo con ella el primer confesor de la Compañía que la trató, que fué el P. Juan de Prádanos:

«Tratando con aquel siervo de Dios, dice Santa Teresa, que lo era harto y bien avisado, toda mi alma, como quien bien sabía este lenguaje, me declaró lo que era, y me animó mucho. Dijo ser espíritu de Dios muy conocidamente, sino que era menester tornar de nuevo á la oración, porque no iba bien fundada, ni había comenzado á entender mortificación: y era así, que aun el nombre no me parece entendía; que en ninguna manera dejase la oración, sino que me esforzase mucho, pues Dios me hacía tan particulares mercedes; que qué sabía si por mi medio quería el Señor hacer bien á muchas personas, y otras cosas (que parece profetizó lo que después el Señor ha hecho conmigo), que tenía mucha culpa, si no respondía á las mercedes que Dios me hacía. En todo me parecía hablaba en él el

(1) *Libro de su vida*, c. 23.

Espíritu Santo para curar mi alma, según se imprimía en ella. Hízome gran confusión; llevóme por medios, que parecía del todo me tornaba otra. ¡Qué gran cosa es entender una alma!» (1).

Dos meses después pasó por Avila San Francisco de Borja. Dióle cuenta de su conciencia la santa Madre, pidiéndole consejo. Aprobó nuestro Comisario el espíritu de Santa Teresa, certificóla de que Dios era quien la movía, recomendóla empezar siempre la oración por un paso de la pasión, y que si después la levantaba el espíritu divino á más alta contemplación, no resistiese á tan soberano impulso. «Como quien iba bien adelante, dice la santa, dió [el P. Francisco] la medicina y consejo; que hace mucho en esto la experiencia» (2).

Poco después sacaron de Ávila nuestros superiores al P. Prádanos, y Santa Teresa buscó otro confesor de la Compañía, aunque temiendo no hallar otro tan bueno como aquél. Pronto se convenció de que, si el primero era bueno, el segundo era mejor. «Este Padre, continúa la santa, me comenzó á poner en más perfección. Decíame que, para del todo contentar á Dios, no había de dejar nada por hacer; también con harta maña y blandura, porque no estaba aún mi alma nada fuerte, sino muy tierna, en especial en dejar algunas amistades que tenía, aunque no ofendía á Dios con ellas, era mucha afición, y parecíame á mí era ingratitud dejarlas; y así le decía que, pues no ofendía á Dios, que ¿por qué había de ser desagradecida? Él me dijo que lo encomendase á Dios unos días, y que rezase el himno *Veni Creator*, porque me diese luz de cuál era lo mejor. Habiendo estado un día mucho en oración, y suplicando al Señor me ayudase á contentarle en todo, comencé el himno; y estándole diciendo, vínome un arrebatamiento tan súbito, que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, porque fué muy conocido. Fué la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamiento. Entendí estas palabras: *Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles*» (3).

(1) *Ibid.*

(2) *Ibid.*

(3) *Libro de su vida*, c. 24. Dúdase quién sería este confesor de la santa. El P. La Puente opina que era el P. Álvarez, pero esto no parece probable, pues el contexto de Santa Teresa da á entender que el hecho pasó á fines de 1557 ó á principios de 1558, y entonces no era todavía sacerdote el P. Álvarez, que se ordenó en el verano de aquel año. Los Bolandos insinúan si sería el P. Araoz; pero tampoco es probable, pues nunca este Padre residió en Ávila, y la santa, en la *Relación VII*, da

Pero el confesor jesuíta que principalmente dirigió á Santa Teresa de Jesús, fué el P. Baltasar Álvarez, cuya dirección fué casi continua desde 1559 hasta 1566. Cuando empezó á dirigir á la santa, tenía el P. Álvarez solamente veinticinco años de edad y uno de sacerdocio. Fuerte prueba era estrenarse en el confesonario con la dirección de un alma tan privilegiada, precisamente en el tiempo en que ella entraba en la fase más extraordinaria de su vida. Esta juventud é inexperiencia del confesor explican cierta indecisión y temor que mostró á los principios en la dirección de la santa. Hubo de padecer bastante el P. Álvarez por la multitud de objeciones que entonces se levantaban contra el espíritu de la mística Doctora. Ella misma nos lo explicará con su candor acostumbrado. «Mi confesor, como digo, que era un Padre bien santo de la Compañía de Jesús, respondía á esto mismo, según yo supe. Era muy discreto y de gran humildad, y esta humildad tan grande me acarreó á mí hartos trabajos, porque con ser de mucha oración y letrado, no se fiaba de sí, como el Señor no le llevaba por este camino: pasólos harto grandes conmigo de muchas maneras. Supe que le decían que se guardase de mí, no le engañase el demonio con creerme algo de lo que le decía: traíanle ejemplos de otras personas. Todo esto me fatigaba á mí. Temía que no había de haber con quién me confesar, sino que todos habían de huir de mí: no hacía sino llorar. Fué providencia de Dios querer él durar y oirme; sino que era tan gran siervo de Dios, que á todo se pusiera por Él, y así me decía que no ofendiese yo á Dios, ni saliese de lo que él me decía, que no hubiese miedo me faltase; siempre me animaba y sosegaba. Mandábame siempre que no le callase ninguna cosa; yo así lo hacía. Él me decía que, haciendo yo esto, aunque fuese demonio, no me haría daño, antes sacaría el Señor bien del mal que él quería hacer á mi alma; procuraba perfeccionarla en todo lo que podía. Yo, como traía tanto miedo, obedecíale en todo, aunque imperfectamente, que harto pasó conmigo tres años y más que me confesó, con estos trabajos; porque en grandes persecuciones que tuve, y cosas hartas, que permitía el Señor me juzgasen mal, y muchas estando sin culpa, con todo venían á él, y era culpado por mí, estando él sin ninguna culpa. Fuera imposible, si no tuviera tanta santidad, y el Señor que le animaba,

á entender que trató con el P. Araoz sólo una vez y de paso. La falta de cronología que á cada paso se siente en la autobiografía de la santa, da lugar á ésta y á otras muchas dudas.

poder sufrir tanto; porque había de responder á los que les parecía iba perdida, y no le creían; y, por otra parte, habíame de sosegar á mí y de curar el miedo que yo traía, poniéndomele mayor; me había, por otra parte, de asegurar, porque á cada visión, siendo cosa nueva, permitía Dios me quedasen después grandes temores. Todo me procedía de ser tan pecadora yo y haberlo sido. Él me consolaba con mucha piedad, y si él se creyera á sí mismo, no padeciera yo tanto, que Dios le daba á entender la verdad en todo, porque el mismo sacramento le daba luz á lo que yo creo» (1).

Tal fué la dirección prudentísima que dió á Santa Teresa el P. Álvarez, quien, si hubo de padecer grandes trabajos por confesar á la santa, los vió plenamente recompensados por las gracias singularísimas que ella le alcanzó del cielo.

7. Con esta dirección espiritual de las almas se daba la mano, naturalmente, la práctica de los Ejercicios espirituales. Sabido es, como ya dejamos dicho, que por este medio santificó Ignacio á sus primeros compañeros. Con él santifica la Compañía á todos sus hijos, y, lo que es consiguiente, por medio de los Ejercicios difunde en torno suyo la enmienda de las costumbres y el deseo eficaz de la perfección evangélica. Ya antes de fundarse la Orden, complacíase San Ignacio en dar los Ejercicios muy de propósito á las personas capaces de aprovecharse con ellos. Ejemplo de esta costumbre es el caso del Dr. Ortiz, á quien el año 1538 dió el santo patriarca los Ejercicios en Monte Casino por espacio de cuarenta días. El beato Pedro Fabro imitaba esta costumbre de su santo Padre, y como se ve por las cartas que escribía desde Alemania, era ordinario en él tener alguna persona ilustre á quien daba los Ejercicios con más ó menos extensión, según lo permitían las ocupaciones del ejercitante. Lo mismo ejecutaban, recién llegados á Lisboa, San Francisco Javier y el P. Simón Rodríguez; y el primero nos refiere que hasta á los presos de la cárcel daban algunas meditaciones de la primera semana, acomodándolas á la capacidad de los oyentes (2).

En muchas de las casas que se abrían en España, era costumbre recibir y aposentar á los que quisieran hacer Ejercicios. De Salamanca escribían lo siguiente el año 1562: «De ejercitantes ha habido todos estos meses tanta abundancia, que ha sido menester algunas veces los Hermanos dejar sus aposentos y retraerse de tres en

(1) *Libro de su vida*, c. 28.

(2) *Monumenta Xaveriana*, t. 1, p. 232.

tres» (1). De Valencia, de Sevilla, de Granada y de otros colegios recibimos noticias semejantes.

Pero en ninguna casa de España fué tan ordinario y provechoso el dar los Ejercicios, como en el colegio de Alcalá. Sabido es que su fundador, el P. Villanueva, desprovisto de ciencia especulativa, de talento oratorio y de otras dotes brillantes, poseía en grado eminente el conocimiento de los Ejercicios y el arte de darlos con provecho. Luego que tuvo una casa donde albergarse, acudieron á él personas respetables para hacer los Ejercicios bajo su dirección. Era muy común entonces no poder aposentar en casa á todos los pretendientes, y estar esperando algunos á que otros terminasen los Ejercicios. Del gran concurso á ellos y del fruto que con este ministerio se recogía, tenemos claro testimonio en una carta del P. Dionisio Vázquez, escrita en 1551.

«Concurren aquí, dice, tantas personas, así naturales, como de otras partes, que la casa no puede cumplir con todos, aunque más quiera estrecharse. Todos estos vienen mostrando grandísima sed de la salud de sus ánimas, y buscan quien les enseñe el camino de la fuente de vida eterna, y quien les descubra el pozo de agua viva. Y tanto, que unos de ellos convidan á otros á venir, y los incitan y mueven, á semejanza de la samaritana que iba dando voces; de tal manera, que muchos que vinieron con mucho secreto y silencio á hacer los Ejercicios, apenas han salido de casa, cuando ellos mismos se andan publicando, y dicen dónde han estado, qué hicieron, qué fruto sacaron. Cosa es de maravilla el conocimiento que el Señor en estos Ejercicios les comunica, y cuán diversamente sienten, después de haberlos hecho, de las cosas de Dios que antes juzgaban. Después que últimamente á V. P. escribí, en esta casa nunca han cesado de estar, cuándo tres, cuándo cuatro, y muchas veces seis, entre los cuales han sido religiosos muy antiguos, y otros canonistas y teólogos y personas graves. Bendito sea el nombre de nuestro Redentor, que sólo hace maravillas» (2).

Lo más notable de los Ejercicios en este primer tiempo, es que se determinaban á hacerlos algunas comunidades religiosas. Ahora que los Ejercicios están tan aprobados y favorecidos por la Iglesia, tan acreditados por la experiencia y tan recibidos en el pueblo cristiano, nada tiene de particular esta santa práctica. Otra cosa era en aque-

(1) *Epist. Hisp.*, IV, f. 431.

(2) *Litterae quadrimestres*, t. 1, p. 398.

llos principios, cuando tan siniestros rumores corrían contra Ignacio, y tantos peligros había de ilusiones y novedades.

El primer ejemplo de comunidad de hombres que hiciera los Ejercicios, es el de los jerónimos de Santa Ana de Tendilla. Véase el fruto que de ellos sacaron, según nos lo refiere el mismo P. Dionisio Vázquez: «En las otras letras que á V. P. escribí, creo que dije cómo todo el convento de unos frailes jerónimos de Santa Ana de Tendilla habían hecho los Ejercicios, y que fueron de algunos otros frailes murmurados, y que se quejaron á su presidente, que es como Provincial en España. Tanto hicieron éstos, que conmovieron al presidente con fictas acusaciones, á que vino desde Sevilla al monasterio de Santa Ana muy indignado; donde llegado no disimuló su enojo, antes comenzó á reñirles ásperamente, y quitóles todas cuantas escrituras tenían de cosa de meditación ó Ejercicios; y ellos á todo esto mostraron muy grande contentamiento y alegre cara y ánimos aparejados para todo cuanto de ellos quisiese hacer: lo cual todo cumplían aun mejor con las obras que con las palabras. Entonces el presidente, espantado como de cosa que otras veces él nunca había visto, ni ahora esperado, amansó en tanta manera, que dijo: «Vosotros me habéis confundido, y sabed que yo venía indignado contra vosotros por lo que me habían dicho de estos Ejercicios; pero yo veo en vosotros otra obediencia y aparejo que en los demás he visto, ni aun antes de esto conocí; y doctrina que á los religiosos ayuda á saber obedecer á su prelado y á humillarse los hombres y mortificar las propias voluntades, esta cosa es del cielo.» Y así loándolos mucho y adortándolos á semejantes obras, les volvió sus papeles todos, diciendo que aprovechasen á sus Hermanos en las otras casas; y así dividió algunos de ellos por otras casas y les dió cartas favorables y de mucho crédito.

»De allí fué el presidente á Valladolid, donde estaba cierto señor que había sido principal en indignalle contra sus frailes; y este señor en viéndole le preguntó como por burla, qué había hallado de nuevo en Santa Ana; á lo cual respondió el presidente, que recogimiento y humildad, y obediencia y devoción, informándole largamente del negocio» (1).

8. Más que en dar los Ejercicios á monasterios de hombres, se ocuparon los Nuestros de vez en cuando en reformar conventos de monjas. Por las cartas de San Ignacio se ve la solicitud con que el

(1) *Ibid.*

santo desde Roma procuró la reformatión de algunos monasterios de Cataluña. En las varias excursiones que nuestros primeros Padres hicieron por Italia, ocurría no pocas veces el trabajo de pacificar monasterios discordes, de cortar relajaciones lastimosas y de levantar el espíritu religioso, tristemente decaído. Laínez, Doménech, Bobadilla y otros Padres prestaron servicios interesantes á la Iglesia en este género de ministerios. También aquí en España se ofrecía de vez en cuando esta ocupación, y para muestra de lo que en tales casos hacían nuestros Padres, vamos á copiar lo que cuenta el P. Estrada que hizo en las Huelgas de Burgos.

«Lo que al presente, escribe á San Ignacio, hay que hacer saber á V. R. es como, siendo pedido muchas veces de un monasterio de monjas, que aquí se llama las Huelgas, y habiendo predicado allí algunos sermones, nuestro Señor las ha movido á algunas tanto, que han dejado en mi mano las quitase todo lo que me pareciese ellas tener superfluo, y lo que no conviniese á monjas. Y así entrando en el monasterio, comenzó primero la superiora á mostrarme sus cajas y cofres y cámara, etc., y todo lo que á mí me pareció, lo quitó de sí, y echándolo fuera del monasterio, se ha comenzado á dar á pobres. Viendo esto se movieron otras, y comienzan á traerme, quién una cosa, quién otra, de lo que les parecía tenían superfluo, quién á decirme que me daría por inventario todo lo que tenía, para que yo quitase lo que quisiese, y que ordenase yo, que si la mandaba quitar todo, hasta quedar sólo en una saya, que lo haría. Era cosa para alabar al Señor ver á unas llorar, á otras pedirme confesión, á otras rogarme que fuese allá muchas veces, que sería su remedio, otras á andarse tras mí mostrando sus cámaras, para que viese si había superfluo, etc. Esto se ha tenido á mucho en esta ciudad, por ser aquel monasterio en que han entendido muchos por quietar y no han podido. Han elegido conformes todas, *nemine discrepante*, una abadesa y enviado al Emperador para que tenga por buena la elección» (1). Tales eran las maravillosas transformaciones que lograban nuestros Padres en los conventos de religiosas.

Sin embargo, cuidaban mucho los superiores de que, so pretexto de reformar monjas, no se metiesen los Nuestros á confesarlas ordinariamente. Véase lo que escribe San Francisco de Borja al Visitador de Andalucía, P. Bustamante, el 1.º de Noviembre de 1566: «De Granada y otras partes soy largamente informado, de perderse mu-

(1) *Ibid.*, t. 1, p. 538.